

De letra y de lirio

Mireia Clavero



DE LETRA Y
DE LIRIO

Mireia Clavero Laguna

Capítulo 1

De letra y de lirio

deletraydelirio.com

Tu recuerdo

Tu recuerdo se me quedó en el pecho como una semilla. Una simiente de dolor y anhelo.

Se me quedó pinzada entre el alma y la garganta, entre las vísceras y el corazón.

Por eso, sus raíces se amarraron a mis tripas y fue creciendo hasta mi garganta. Por eso no comía. Por eso no podía ni hablar. Por eso no podía ni respirar.

Tu recuerdo se hizo grande, creció hasta apoderarse de mis pensamientos, de mis ganas y de mi sexo.

Tu recuerdo se hizo fantasma. Por eso guardaba tu hueco en la cama, tu vaso olvidado en la mesilla, tu olor a sudor y nicotina en la almohada.

Hasta que me di cuenta de que los recuerdos no son amos, que yo soy la dueña de mi pensar y de mi cuerpo. Y me quité la rabia de las vísceras, arranqué las malas hierbas de mis tripas y de mi corazón. Removí la tierra del alma para quitarme el fruto del dolor y la memoria.

Y me di cuenta de que no veo fantasmas. Así que ventilé mi vida para que la lluvia y el viento se llevaran tu huella pegada en las esquinas. Y dormí en el que era tu lado para ver que ya no te sentía. Y bebí de tu vaso olvidado para saber que ya no había rastro de ti.

Porque tu recuerdo se me había quedado en el pecho como una semilla. Una simiente de dolor y anhelo.

Nunca lo sabrás

Ayer volví a pasar cerca de la casa.

Sólo la vi a lo lejos, no me atreví a pasar por la puerta.

No dejo de preguntarme si las paredes seguirán teniendo tu risa pegada en las esquinas y si la bañera seguirá llena de tu nombre.

Esa bañera en la que me asomaba como un gato curioso a mirarte mientras pintabas todo con perfume de café, negro y dulce.

Nunca sabrás que, a veces, estás conmigo en mi mente y en mis dedos.

Cuando me devora la cama vacía.

Cuando mis manos se pierden en mí mientras te pienso y paso mi lengua por tu cuerpo imaginado.

Nunca lo sabrás, pero tu sabor se me quedó a vivir en las entrañas y tus dedos están cincelados en mis caderas.

Cuando te miro, te sonrío.

Cuando te callo, trato de ahogar el recuerdo.

Nunca lo sabrás, pero no hubo café más dulce que el tuyo.

Nunca lo sabrás, pero la huella de tu mano y la mía siguen dibujadas en el cristal de la ventana.

Nunca lo sabrás, pero el recuerdo de tu mano sigue guiando a la mía.

Nunca lo sabrás, porque te callo y os sonrío.

La parábola de Nayim

A ella no le gusta el fútbol. A él tampoco. El 10 de mayo de 1995, la madre de Chuan se marchó para siempre de casa. Dio un portazo mientras su padre sollozaba en un rincón y el resto del mundo quedó en silencio mirando la televisión, viendo volar el balón de un extremo a otro del campo. Justo cuando su madre bajó el primer escalón, todos aplaudieron y gritaron a la vez. La escalera de vecinos retumbó. Fue la última vez que Chuan lloró.

El padre de Alodia trabajaba aquella noche. Volvía en coche, masticando maldiciones y pisando el acelerador para no perderse el partido. En la radio gritaron un gol imposible desde París y el padre de Alodia berreó entusiasmado. Igual que el otro conductor que apareció por su izquierda. Ambos murieron en el acto.

Chuan y Alodia se conocieron tres años más tarde. Nada más verse, su realidad de catorce años se tambaleó. Ella, cara de pan y pelo amputado, se dio cuenta de que sus dudas lésbicas se marchaban. Si hasta entonces no se había sentido atraída por un chico, era porque no había visto a nadie cómo él: ese muchacho enjuto, de mirada llorosa tras unas gafas

demasiado grandes y miedo en las manos. A partir de ese día, ella soñó que él era un poeta maldito, condenado a escupir miserias en tinta y que le lamería palabras a escondidas.

A Chuan, por primera vez, le dieron ganas de palpar los pechos picudos que le asomaban a Alodia bajo una camiseta tres tallas más grande. Él pensó de ella que tenía cara de duende y andares de geisha. Se masturbaba pensando que olía su nuca despejada, sus orejas frías.

No se llamaban Ana ni Otto, así que se comieron las ganas. Mientras sus padres caminaban cogidos de la mano, ellos se besaban con sólo una mirada. Se acariciaban pasándose la sal en la mesa. Se decían palabras bonitas contando chistes malos. Pensaron que nunca estarían juntos, así que escribieron lo que nunca podrían hacerse. Diarios prohibidos a dúo, leídos entre apuntes de química e historia.

Alodia fue expulsada tres días de clase. Llamó cabrón al profesor de matemáticas cuando él le gritó que debía volver al aula. Había salido porque usaron la puta parábola como ejemplo en clase.

Chuan estuvo castigado un mes. Dio un puñetazo a Iván después de oír cómo le llamaba nenaza. Se había negado a jugar a fútbol en educación física.

Sus padres habían decidido vivir juntos. Así que Alodia y Chuan se escuchaban el uno al otro con una pared de por medio. Aspiraban el vapor que había dejado el otro al salir de la ducha. Y se dejaban mensajes ocultos subrayando palabras en los libros que se intercambiaban.

Fueron dos años ofreciéndose cucharadas de helado para saborear la saliva del otro. Dos años tocando la pared para sentir una espalda apoyada. Dos años sin dormir buscando la respiración en la habitación de al lado.

Pero todo acabó. La madre de Alodia empaquetó sus cosas y buscó una nueva vida para las dos, a sólo unos kilómetros. Alodia seguía llenando diarios con todas las cosas que nunca haría. Chuan empezó a leer poesía maldita, aunque nunca pudiese cumplir el sueño de ella.

Se reencontraron por casualidad tres años después. Sin impedimentos pero todavía con miedo en las manos. Se abrazaron y, por fin, se besaron despacio. Se rieron al comprobar que su saliva sabía distinta sin una cucharada de helado.

Tiritando, con las sábanas caladas de sudor, hablaron de ese 10 de mayo que marcó sus vidas y que, irremediabilmente, les había unido para siempre. Vieron que su vida no había sido más que una narración con la

que hablar del destino. Una metáfora, una parábola.

Cogieron los diarios inventados, escritos durante años, y los releieron. Había que empezar a cumplir lo escrito. Ahora, sólo había que elegir un título...

Anouk

Te fuiste.

Y te marchaste. Cuando cerré la puerta, supe que era un adiós. Supe que ya no volvería a pasar.

En los hoyuelos de mis muslos todavía está guardada tu saliva. Mi piel amasada, supura la nicotina de tus dedos. Trago agua y todavía me sabe a ti. Pero un agujijón en el centro del pecho me ha dicho que no volverá a ocurrir.

Un beso rápido mientras abrías el ascensor será el punto y coma a esta historia nuestra que nunca tuvo nombre, que nunca empezó, así que nunca terminará. Esta historia a la que tú traerás un nuevo personaje. Un cuento demasiado pequeño para tantos nombres. Lo supe, lo sé.

Me acabas de cincelar mi nombre en mi cuello. Lo decías, lo dices, golpeando cada sílaba, paladeando con golpes de aliento. Marcando la k final de mi nombre, dejando que resuene en la cueva de tu boca. Y aun así, con tus caricias recién bordadas en mí, sé que no volverá a ocurrir. Los dos lo sabíamos.

Hemos sido el alivio de luto del otro. Ese gris que sigue al negro antes de volver a los colores, a la vida. Hemos sido las risas y las caricias después del abismo de un desamor.

Nos hemos remachado el alma, reencontrado el sonido de las risas y lamido las lágrimas. Todo a base de besos, confesiones y ensancharme las caderas.

Nos descubrimos en aquel piso, rodeado de amigos de unos y otros. Y nos reconocimos por la mirada caída que sólo tienen los miopes o los que andan con el corazón desconchado o el alma agrietada. Pedíamos el auxilio de un abrazo, de cosquillas, de risas.

Nos entregamos el uno al otro sin pedir nada. Un amor extremo, puro. Sin definir. Sin principio. Sin título.

Pero tus pestañas siempre permanecerán amarradas a las mías. Tus secretos se quedarán a vivir entre mi pelo. Y tus sueños estarán guardados junto a los míos.

Esta tarde doy clase a las hermanas Bisset. Las niñas repetirán escalas antes de tocar la pequeña partitura de esta semana. Primero, Isabelle, la mayor. Después, Julie, la pequeña. Y a las dos les pediré que repitan la escala. Y que repitan sol y la. Sol. La. Sola.

La soledad sonará y suena hermosa. A piano o sin él. Porque estoy sola, pero no triste. Tengo el corazón acolchado, latiendo y el luto ha caído. Me tengo a mí. A mis sueños, a los tuyos. Y a la vida rellena de cosquillas, revestida de color.

Sólo se muere una vez

El refrán dice que sólo se vive una vez, pero siempre he pensado que no es del todo exacto.

Más bien, debería decirse que sólo morimos un día.

En mi caso, creo que siempre fui consciente de la muerte. No sé por qué, ni cómo lo comprendí. Pero de bien niña, sabía que había un momento (o una etapa) del que no se nos hablaba a los más pequeños.

Y cuando supe que eso era la muerte y fui consciente de que algún día dejaría de existir, también comprendí que antes que yo hubo miles de niños, de mayores, de ancianos.

En esa misma época, esa consciencia o esa presencia en mi vida, quedó reflejada en uno de esos test que nos hacían en el colegio. «¿La niña es consciente de fin de la vida?», se preguntaban. Sí, lo era. ¿Y cómo lo averigüé? No lo supe, no lo sé. Lo sabía igual que entonces sabía que esas mujeres de tripa hinchada dentro llevaban un bebé y que, de manera mágica, así era cómo llegaba la vida.

Apenas estaba aprendiendo a leer y a escribir, pero me dije que algo tendría que hacer para que los que viniesen detrás de mí, supiesen que yo había existido. No soportaba la idea de que no conociese quiénes habían sido los que ya no estaban en el mundo. Por eso me pasaba el día dibujando. Dibujaba princesas, caballos, flores, casas... Dibujos de una niña de tres años, pero me decía a mí misma que estaba creando algo. Algo que antes no existía y ahora sí. Así sabrían de mi paso. Un saludo desde mi hoy para quien lo viese mañana.

Creo que para mí una simple flor garabateada como Plastidecor era como una pintura de la cueva de Lascaux.

Después de dibujar, me dediqué a inventar historias. Hace poco, recuperé alguno de esos cuentos (más bien comienzo de historias y sin darles un final concreto) y los vi emocionada. No los recordaba así, no me recordaba así. Fue como una máquina del tiempo, como un espejo hecho de Polaroids. En esas historias los protagonistas solían ser niños con grandes sueños y a menudo les pasaba algo trágico o caían enfermos (puede que fuese el drama que envuelve a todos los protagonistas de Disney, ahí estaba).

Inventaba cuentos, dibujaba sin parar... Fabricaba historias, mundos... Algo que antes no estaba y que quedaría, aunque yo no estuviese (al menos, eso me decía yo).

Ya era más mayor, pero seguía siendo niña cuando escuché por primera vez los gritos de la muerte. Estaba en el pueblo. Era verano. Lo recuerdo porque iba en bici y con una mano sujetaba el manillar y también llevaba pesetas para comprarme un helado en el minúsculo ultramarinos que había. Después del helado, cuando todo tenía más silencio que el habitual por la siesta que ocupaba a todo el pueblo, un grito llenó todas las calles.

En un primer momento me asusté pensando que un coche se había llevado por delante a uno de los niños, que como yo, nos dejábamos caer por las cuestas en bicicleta. El susto siguió cuando los gritos llegaron justo de la casa de al lado de la mía.

El hablador abuelo de la casa de al lado se había marchado. Todavía le recuerdo tomando la fresca en la puerta de la casa. O caminando despacio dejándose caer en su bastón y con su boina guardándole las ideas.

Pero también recuerdo a mi abuela que, horas después de que esos gritos rompiesen todo, le decía al difunto y a sí misma: «¿Quién me iba a decir que iba a ser yo la que te tuviese que amortajar?». Así me reafirmé en que la muerte hace que el mundo se paralice (y sí, recapacité que el acto de amortajar tuviese amor entre sus letras, puede que el último acto de cariño, arreglando al que se acababa de ir). Y supe que los gritos llegan para después llenar de silencio un día. Porque nadie más habló, las bicis pararon y los perros dejaron de aullar a la muerte.

Un día y todo cambia. Ya no hay vuelta atrás. No se puede dar la vuelta al reloj de arena.

Sólo se muere una vez, pero, en cambio, sí se vive todos los días.

Se vive todos los días y de todas las formas que se quiera intentar.

Y es que, ¿cuántas vidas podemos vivir? ¿Cuántas veces podemos reinventarnos o renacer?

Podemos dar un giro a nuestra vida, podemos cambiar de forma de pensar, de sentir.

Podemos pensar en todos los días vividos o pensarlo como los días que nos queden antes de morir.

Yo prefiero pensar que cada día es para vivirlo y para amarlo. Para sumar días, minutos e instantes de risas, de emociones y de decisiones.

Vivir antes de que lleguen esas flores cortadas con guadaña, que se tiñen de duelo y se riegan con llanto.

No terminemos con la vida antes de que no sea posible volver a girar el reloj de arena.

Porque sólo se muere una vez, pero se vive todos los días.

*Aunque no nos muriéramos al morirnos,
le va bien a ese trance la palabra: Muerte.*

*Muerte es que no nos miren los que amamos,
muerte es quedarse solo, mudo y quieto
y no poder gritar que sigues vivo.*

Gloria Fuertes

Aleteo

He aprendido a vivir con un aleteo en mi pecho.

Mejor dicho, a sobrevivir con él.

El revoloteo sobre mis costillas no me deja dormir y cada día siento que la batida de las alas es más grande que la de ayer.

Suele ser un gorrión el que hace el nido entre mis pulmones.

Mi cuerpo es su jaula y lo único que quiere es salir de mí.

Por eso golpea con fuerza y llega a picotear rápido y profundo hasta llegar al corazón.

A veces quiero llorar por el daño que me hace, pero también por sentirle encerrado.

Sólo quiero que el gorrión vuele libre, que abandone el nido que se ha hecho con mis miedos bañados en cortisol.

El aleteo del gorrión es constante, pero, en ocasiones, también llega un buitre carroñero dispuesto a merendar mis sueños putrefactos y mi rutina hilvanada.

Y ahí siento que la jaula va a romperse, pero no saldrá el gorrión volando libre. Saldrá el buitre con mi alma resbalándole de su pico.

Por eso hago fuerte mi jaula, hago fuerte mi coraza para que el buitre no me destruya.

Pero el pequeño gorrión sigue atrapado, golpeando sus alas contra la jaula. ¿No lo oyes? Su aleteo es fuerte, es desesperado.

Por eso mis manos tiemblan, por eso mi ojo parpadea.

Y yo inspiro y expiro, buscando que el gorrión sea libre.

Ojalá encuentre el camino por mi pecho y termine huyendo por mi boca. Así se me quedará en la lengua el sabor de la libertad.

Cuando me besas

Cuando me besas, tu lengua me viene como una ola de sabor a granada, a fruta madura y tu saliva me empapa el alma.

Cuando me besas, me dejo cubrir por tu mirada. Por esos ojos como los del poema de Machado, ojos de noche de verano.

Mi cuerpo se sacude como si un rayo cruzase mi columna, mis brazos y mis pies para terminar muriendo en mis muslos. Un rayo que palpita hasta callar entre mis piernas.

En mi tripa no hay mariposas. Son garzas las que aletean en mis vísceras y vuelan hasta mi pecho.

Ahí anidan, ahí graznan y ahí me picotean por dentro.

Por eso me late el corazón más fuerte. Son sus picotazos los que marcan mi pulso, ¿no lo notas?

Por eso me brillan los ojos, porque hasta ahí llega el reflejo de ellas volando en mi garganta.

Por eso siento que floto, porque las garzas alzan el vuelo dentro de mí.

Y estas plumas no las sacamos del edredón mientras damos vueltas. Son las plumas que caen cuando las garzas baten alas al verte llegar.

Porque no, en mi tripa no hay mariposas, tengo garzas blancas aleteando en mis vísceras.

En el hueco entre los pulmones y el corazón, guardo su nido.

Estrellas perdidas

Dices que estás perdido. Lo estamos.

Pero piensa que ya volamos perdidos por el cielo.

Porque fuimos (porque somos) polvo de estrellas.

En tus ojos casi puedo ver el último titileo de una estrella antes de morir.

Ríes con el fulgor de una supernova y tus pensamientos atraviesan tu mente como meteoritos cercenando el cosmos.

Las estrellas marcan rutas y son galaxias, pero las estrellas que ya no brillan crearon cada parte del universo.

Estamos perdidos. Sí, lo estamos.

Porque estamos hechos de polvo de estrellas.

Porque somos partes de estrellas muertas.

De los astros que brillaron en la oscuridad de la nada hasta convertirse en

parte de ella.

Estamos perdidos, pero nosotros seguimos brillando. Como entonces, como ahora.

Sólo somos unas estrellas perdidas buscando la ruta que marcar, corriendo para alcanzar auroras.

Somos estrellas a las que todavía no han puesto nombre.

Puede que por eso extienda los brazos y nunca llegue a alcanzarte.

Tripas

Cuando dormíamos juntos, no distinguíamos a quién le sonaban las tripas. Estábamos tan pegados que nos rebotaba el vientre al mismo tiempo. Ahora duermo sola y la tripa sólo me suena a mí.

Estar sola en casa da pereza. No hago la cama, no abro las ventanas y no me apetece cocinar. Sustituyo mis comidas por un par de cigarrillos y empachos de series. Capítulo tras capítulo. Hasta que no puedo más.

He pasado varios días en casa. ¿Pero para qué salir? Ni siquiera intento taparme las ojeras. Mis gafas están sucias y me corté el pelo a mí misma el día que él se marchó. Pero me he decidido. Busco en el armario y veo su camisa. La de cuadros rojos. Se la olvidó. ¿O la ha dejado? No importa. Me visto con lo primero que veo. No importa. Nada importa.

La calle huele diferente. Huele a sol. A sudor de todo el que pasa. A ese melocotón pudriéndose en la acera. Revistas a estrenar en el quiosco. A electricidad al lado del semáforo.

Siempre bajaba con él por esa calle. Nos separábamos en el metro. Marrón y roja. Un hasta luego en un beso. Ahora no hay líneas de metro de colores. Ni despedidas ni besos. Ahora bajo sola por la calle, fumando mi comida y esperando que los huesos terminen de escaparse de mi piel. Mientras, el mundo huele a sol y a fruta podrida.

Odio el centro comercial al final de la calle. Odio sus pasillos iguales. El sonido de los pasos sobre las baldosas. Odio las dependientas fumando en la puerta, con ese aire de prepotencia y puterío a partes iguales. A una se le escurre el maquillaje y tiene el pelo tan cardado como las pelucas que seguramente venda en la planta 1. Tal vez le obliguen a peinarse así para hacer creer a las clientas que los postizos que van a comprar son naturales. O tal vez simplemente se vea guapa. Hermosa y realizada. Mierda. Tan artificial como los pasillos de su planta. Sonríe descarada a un compañero. Y se lleva a la boca un pitillo. Sus uñas son obscenamente horribles. Largas y fucsias. Me repugna. Ella y ese maldito centro

comercial. Sólo entraba cuando él quería comprarse algo ahí. Calzoncillos, colonias, lo que sea. Sólo entraba por él y volvería a hacerlo.

Como una autómatas me veo en la sección de cosméticos cargada de bolsas. Perfume, barras de labios, maquillaje y cremas. ¿Qué me ha pasado? Salgo asustada y ya ha oscurecido. Fumo de golpe la merienda y la cena. El quiosco ha cerrado y ya no huele a revistas. Tampoco a sol.

Las bolsas me hacen daño en los dedos. Quiero volver a encerrarme en casa y volver a oler mi propio aire, mis sollozos, mi pereza. Cierro la puerta de golpe y lo veo a él. Con su camisa en la mano.

- Vengo. He venido por... - dice, señalando la camisa.

- Yo... yo he ido a comprar.

- Pero si odias ir ahí. - Me contesta con una sonrisa.

- Lo sé.

No me salen las sonrisas y las bolsas se me escurren. Todas las cremas caen en mis pies.

- Te has cortado el pelo.

- Sí.

- Y estás delgada. Muy delgada.

- Echo de menos el ruido de tu tripa.

- ¿Qué?

- Echo de menos que nuestras tripas suenen a la vez. Echo de menos tu radio en la ducha. Tu ropa por el suelo. Que dejes vasos por toda la casa. El olor a nicotina. Tu puta manía de comprar calzoncillos en ese sitio. Echo de menos hablar, discutir, follar contigo.

- ¿Echas de menos la rutina?

- Sí, por la que todo acabó.

- Yo también.

Abre las ventanas y deja la camisa en el armario. Veo que ha dejado un vaso en la mesilla. Y me abraza. Me abraza tan fuerte que su tripa suena

y remueve la mía.

Saint-Gervais

Matilde tiene la mirada triste que se le queda a quien vive con el corazón remachado. Aunque sonrío, aunque los ojos le brillan, su mirada está empapada de otoño.

Ella lo sabe. Sabe que el pecho lo tiene mullido de hojas de olmo. De ese olmo de Saint-Gervais. Y por su cuerpo corre la savia roja de ese árbol que descubrió un otoño en París.

Fue ése el mes en el que se le astilló el alma y todavía hoy se le siguen escapando sus pedazos en forma de huesos picudos.

Pasó hace años. Antes de que a Matilde el pelo se le volviese nieve, pero bastante después de que llegasen las primeras arrugas alrededor de sus ojos. Como zanjas del campo que llevan el agua, a ella las arrugas le marcaban el curso del llanto y del sudor por la cara.

Ha vuelto a París después varias veces. Pero ya no le sabe igual. Ni los paseos, ni el viento, ni los jardines. Tampoco es el mismo Sena, porque como ella misma dice: «Ya no me devuelve el mismo reflejo. Ya no soy la que fui».

Matilde recuerda el París de ese otoño en el que el cielo se incendiaba para ella en cada atardecer. En el que las llamas reflejadas en el río subían hasta Notre Dame. Y ahí, en esas escaleras que terminaban en las aguas del río, bajo el amparo de Nuestra Señora y con la noche como refugio, se besaban. Con la marejada del vino todavía en su boca, con el olor a humedad y a puente viejo. Ella y el amparo de la noche, el amparo de París, ella y su Amparo.

No sólo las arrugas habían empezado a cincelarle caminos alrededor de los ojos. También el cuerpo le estaba cambiando. Y las noches de ese otoño (y las mañanas que le seguían) le ayudaron a reconocer sus curvas. Las nuevas y las que nunca antes había aprendido a apreciar.

Matilde recuerda ese otoño y le llega olor a sábanas limpias de hotel, a mantequilla, al vino sobre su blusa, a su perfume, a la calefacción, al humo que dejó el taxi con el que se marchó.

Recordaba la hierba encharcada de lluvia los Campos de Marte porque «¿A qué otro sitio ir si no es a Marte?», le decía a Matilde. Pero le duraron poco

esas ganas de amar.

Ese fue su otoño. Después, comenzó su invierno por dentro. No echaba de menos sus veranos de juventud con la dulzura de esos años. Su felicidad llegó en esas tardes de otoño, en ese comienzo del crepúsculo de su vida.

Y, junto a su maleta, dejó olvidada una parte de sí misma. Y le cogió gusto a la tristeza y a sentir esas hojas de olmo crujiéndole en el pecho. A recordar una y otra vez su boca recibiendo la marea de vino que llegaba al abrirse la compuerta de los labios.

Por eso vuelve a París. A pasear de nuevo entre los grandes bulevares, a sonrojarse por Pigalle, a encontrarse con Saint-Gervais. A buscarse en cada paso, en cada acuarela, en el reflejo del Sena y no encontrarse. A buscar a su Amparo y no encontrarla.